

una casita de pueblo, en el postrer jirón de su reino mártir, pero hacia el que llega, de toda la tierra civilizada, el concierto de las simpatías, de los entusiasmos y de las glorificaciones magníficas, y al cual están reservadas las más puras e inmortales coronas.

XII

ALGUNAS PALABRAS PRONUNCIADAS POR
S. M. LA REINA DE BÉLGICA

« Todo el mundo sabe qué caso ha de hacerse del rey de Prusia y de su palabra. Ningún soberano de Europa ha podido sustraerse a sus perfidias. ¡Y un rey semejante quiere imponerse a Alemania como dictador y protector! Con ese despotismo renegador de todos los principios, la monarquía prusiana será algún día un manantial de infinitas desventuras, no sólo para Alemania, sino para toda Europa. »

(La emperatriz MARÍA TERESA.)

Marzo de 1915.

¡ Me produce el efecto de que está lejos, lejos y perdido, este refugio de la perseguida Soberana! No sé cuántas horas hace que mi automóvil, con los cristales azotados por la lluvia, rueda envuelto en la penumbra de los chaparrones y del anochecer, cuando el suboficial belga que

guiaba a mi conductor por estos caminos desconocidos, me advirtió que habíamos llegado. Su Majestad la reina Isabel de Bélgica se había dignado concederme audiencia a las seis y media de la tarde; temblaba yo ante la idea de acudir con retraso, viendo que no tenía término la caminata a través de un país en el cual la luz diurna ya se había extinguido, — y llegábamos a tiempo, pero con el tiempo tasadísimo para no incurrir en falta.

Las seis y media de la tarde en Marzo, bajo un cielo nublado, equivalen a noche cerrada. El automóvil se detiene, salto a la arena de una playa, y reconozco a corta distancia el rumor del mar : del mar del Norte, cuya extensión indefinida, menos sombría que el cielo, se vislumbra vagamente en la oscuridad. Lluvia y viento helados. Entre las dunas, dibújense dos o tres casas grises, sin luces en las ventanas. Sin embargo, un fulgor de luciérnaga corre a mi encuentro : es un oficial, al servicio de Su Majestad, que acude provisto de una de esas lámparas eléctricas que el viento no apaga, y a las cuales

damos el nombre de linternas de « apache ».

Cuando llegamos a la primer casa, y el ayudante me hizo entrar, quise ante todo dejar la capa en el vestíbulo. « No, no, me dijo mi guía, no se despoje usted de ella, todavía tenemos que salir al aire libre para llegar a la residencia de Su Majestad. » Aquella primer casa sólo era el refugio de las damas de honor y de los dignatarios de esta corte, cuyo ceremonial se encuentra ahora reducidísimo, y que, todas las noches, por precaución contra la metralla, se envuelve en voluntaria oscuridad. Un momento después, llegaron a llamarme de parte de la Soberana; acompañado por el mismo oficial, con la misma lamparita, emprendí la marcha hasta la casa siguiente. Caía la lluvia mezclada con mariposas blancas, que eran copos de nieve. Se vislumbraba, aunque de modo extraordinariamente confuso, un paisaje del Desierto : dunas y arenas extendiéndose en un infinito casi blanquecino. « ¿No es verdad, observó mi guía, que parece que estamos en algún lugar del Sahara? Cuando, enviada por ustedes, llegó la caballería árabe, la ilusión

resultaba completa. » Efectivamente, aquí, como en África, las arenas palidecen en la obscuridad; pero éste es un Sahara que, transportado bajo el cielo triste de una noche del Norte, adquiere caracteres demasiado lúgubres.

En la casa, hay un salón muy templadito y muy iluminado, cuyos muebles tapizados de rojo producen una impresión alegre y reconfortadora en medio de esta casi soledad azotada por las ráfagas del invierno. Y ante todo se experimenta una satisfacción, la satisfacción física de aproximarse a una chimenea donde brilla una hermosa lumbre.

Mientras aguardo a la Reina, me fijo en una caja larga colocada sobre dos sillas; es un fino e incomparable trabajo de carpintería en blanco, que inmediatamente me recuerda a Nagasaki; trazadas con pincel, y formando columnas, aparecen letras japonesas en la tapa de la caja. El oficial, que ha seguido la dirección de mi mirada, me dice : « Es un magnífico sable antiguo, que los japoneses acaban de enviar a nuestro Rey. » — Confieso que me había olvidado de nuestros

lejanos aliados del Extremo Oriente. Y, sin embargo, es cierto que están a nuestro lado : ¡ qué cosa tan rara ! Y es cierto, también, que hasta en ese remoto país son conocidos, por todos, los infortunios de estos dos encantadores Soberanos, a los cuales se ha querido ofrecer un testimonio de especial simpatía enviándoles un precioso regalo.

Creo que el amable oficial iba a enseñarme el sable del Japón; pero se presentó una dama de honor, anunciando a Su Majestad, y mi acompañante se retiró en el acto...

« Su Majestad llega », dijo la dama de honor. — ¡ Con qué infinita veneración aguardo a esta Soberana nunca vista y en cierto modo santificada por la desgracia ! ¡ Con qué infinita veneración la aguardo ante la llama de este hogar, mientras que el viento cargado de nieve continúa azotándolo todo entre la densa sombra del exterior ! ¿ Por qué puerta va a entrar ? Sin duda por aquella del fondo, sobre la cual mi atención permanece invariablemente concentrada...

Pero, no; un ligero rozamiento me impulsa a

volver la cabeza hacia el lado opuesto, y, detrás de un biombo de seda roja que encubre otra entrada, la juvenil Reina emerge de repente, tan cerca de mí que no me es posible hacer los saludos de Corte. Mi primera impresión, furtiva como un relámpago, impresión por completo visual, impresión de colorista, valga la palabra, es algo como un deslumbramiento de azul : azul del traje, pero, sobre todo, azul de los ojos que resplandecen cual dos luminosas estrellas azules. Y, además, un asombro de juventud : veinticuatro años, a lo sumo, representaba en aquel momento. Los diferentes retratos, muy poco fieles, que conocía de Su Majestad, habían hecho que me la figurase altísima y con un perfil casi demasiado largo; y, por el contrario, es de estatura mediana, con rostro pequeñísimo cuyas facciones tienen finura exquisita, rostro punto menos que inmaterial y tan delicado que puede considerársele no existente al lado de los ojos, de un color tan maravilloso que parecen dos puras turquesas, transparentes para revelar la luz interior. Aun cuando se ignorase quién es Ella,

aun cuando nada se supiese de Ella, ni su abnegación en el cumplimiento del deber, ni la suprema dignidad de sus actos, ni su resignación serena y su admirable caridad toda sencillez, al verla se diría desde luego : Con unos ojos así, ¿quién puede ser esta mujer?... Evidentemente es una criatura que se cierne a gran elevación, que nunca tropezará, y que, sin pestañear siquiera, sabrá mirar todo frente a frente, lo mismo las tentaciones que los peligros y la muerte...

¡ Con qué respetuosa simpatía, tan exenta de curiosidad vulgar, quisiera yo recoger un eco de lo que ocurre en el fondo de su corazón, ante los dramas de su destino! Pero no se encauza, a medida del deseo propio, la conversación de una reina, y, al principio de la audiencia, Su Majestad, con graciosa ligereza, toca diferentes asuntos, como si nada anormal aconteciera; hablamos de Oriente, por el cual ambos hemos viajado; hablamos de libros, que Ella ha leído; al escucharnos, se creería que nos hemos olvidado de la gran tragedia que está desarrollándose y de

las llanuras de estos alrededores, sembradas de ruinas y de muertos... Sin embargo, muy pronto, tal vez porque en su ánimo ha nacido alguna confianza, Su Majestad me habla de las destrucciones de Ipres, de Furnes, de las ciudades por donde he pasado para llegar hasta aquí; entonces las dos estrellas azules que me miran, parece que se nublan ligeramente, a pesar de los esfuerzos por mantenerlas claras.

« Pero, Señora, digo, quedan en pie murallas suficientes para obtener el dibujo de las líneas a que se ajustó la construcción, y para que casi todo se reconstituya en los tiempos mejores que están cercanos.

— ¡ Ah !, contesta Ella, ¡ reedificar ! Sí, indudablemente, se podrá reedificar... Pero eso nunca será más que una imitación, a la cual, para mí, le faltará siempre algo esencial : le faltará el alma, que se ha ido... »

Entonces veo cuánto amaba ya Su Majestad esas maravillas destruidas y todo ese pasado, de su país de adopción, que sobrevivía en los antiguos encajes pétreos de Flandes.

Ipres y Furnes nos habían colocado en la pendiente de los temas menos impersonales, y, poco a poco, llegamos al fin a hablar de Alemania. Uno de los sentimientos que, según parece, dominan en su corazón magullado, es el de estupor : el de dolorosísimo al par que completísimo estupor ante tantas fechorías.

« Algo ha cambiado en ellos, — dice la Reina, con palabras entrecortadas. — No eran así... El *kronprinz*, al cual conocí mucho durante mi infancia, tenía carácter apacible, y nada en él hacía sospechar... Aun cuando me afano pensando en ello noche y día, no consigo comprender... No, antaño no eran así, estoy segura... »

Yo bien sé que sí; yo bien sé, como lo sabemos todos, que, bajo su densa hipocresía, eran tales como son, desde sus orígenes. ¿ Pero cómo he de atreverme a contradecir a esta Reina, que ha nacido entre ellos cual una linda y rara flor entre ortigas y zarzas? Ciertamente que el desencadenamiento, a que asistimos, de su barbarie latente, es obra de ese « rey de Prusia », fiel continuador

de aquel a quien estigmatizó en otro tiempo la gran María Teresa; cierto que él, según la áspera pero muy justa expresión norteamericana, le *ha hinchado la cabeza*. Pero siempre han sido así, y para juzgar acerca de sus almas de engaño, de asesinato y de rapiña, basta leer a sus escritores y a sus pensadores, cuyo cinismo nos deja estupefactos.

Después de un minuto de vacilación, durante el cual únicamente se oye el ruido del viento fuera de la casa, acordándome de que la juvenil Reina mártir era princesa de Baviera, me permito recordar que los bávaros del ejército alemán se han inquietado por las persecuciones contra esta Reina de Bélgica, oriunda de la raza de ellos, y hasta se han indignado cuando el Monstruo que dirige el aquelarre les ha marcado a los hijos de Ella para rociarlos de metralla.

Pero la Reina, levantando un poco la manecita, que permanecía posada en las mallas de seda de su traje, dibuja un ademán que significa algo inexorablemente definitivo, y, a media voz, con acento grave, pronuncia esta frase que cae en

el silencio con la solemnidad de una sentencia sin apelación :

« SE HA CONCLUIDO... ENTRE ELLOS Y YO, HAY UN TELÓN DE HIERRO QUE HA BAJADO PARA SIEMPRE. »

Al mismo tiempo, sin duda por el recuerdo de su infancia y de los seres a quienes amó en el país nativo, las dos claras estrellas azules, que me miraban, se nublan resueltamente, y entonces vuelvo la cabeza para no mostrar que lo he advertido...

XIII

PARA LOS HERIDOS GRAVES DE ORIENTE

Junio de 1915.

Oriente, los Dardanelos, el Mármara... Tan pronto como se pronuncian estas palabras, sobre todo en los espléndidos meses de estío, surgen en el cerebro imágenes de paz bañada en sol, paz acaso un poco triste, a causa de la inmovilidad que allí reina, pero paz llena de adorabilísima melancolía, en medio de tantos recuerdos de los grandes pasados humanos que, por doquiera en estas regiones, dormitan y se conservan bajo el manto del Islám. En esta península de Galípoli, entre sus colinas por lo general pedregosas y desprovistas de vegetación, había aun no hace mucho tiempo, en cada repliegue por donde pasa

un arroyo, tranquilos y antiguos lugarejos : casitas de madera entre vetustas ruinas, blancos alminares, bosquecillos de negros cipreses para amparar algunos de esos lindos y dorados monumentos fúnebres, — innumerables, según es sabido, en Turquía, donde nunca se molesta a los muertos. Y todo ello se hallaba muy en calma : hubiérase dicho que aquellos humildes paraísos en miniatura tenían la seguridad de ser respetados durante muchísimo tiempo aún, ya que no por siempre.

Pero ¡ay! los alemanes son la causa de que hoy se desencadene allí el horror, el horror sin precedente que ellos siembran por instinto, desde el punto y hora en que extienden hacia algún sitio sus tentáculos, visibles u ocultos. Y aquello se ha convertido en caos siniestro, iluminado por grandes llamas rojas o amarillas, que brotan entre infernal y constante estruendo. Todo está trastornado, deshecho. « Los seculares alcázares de Europa y de Asia no son más que ruinas, me escribe uno de nuestros zuavos que allí pelean; sufro indeciblemente al ver estos paisajes idí-

licos devastados por las trincheras y por los disparos de artillería; los venerables cipreses han caído de raíz; los mármoles sepulcrales, de extraordinario valor artístico, han saltado rotos en mil pedazos. ¡ Con tal de que, por lo menos, Estambul escape libre de daño ! »

Trincheras, trincheras por todas partes. Esta forma de guerra, subterránea y solapada, que han inventado los alemanes, ha sido forzosamente aceptada por los turcos, como antes lo fuera por nosotros. Así, pues, ese vetusto suelo, encubridor de tantos tesoros, ha sido sajado con profundas cortaduras, entre las que a cada momento reaparecen los restos de alguna maravilla procedente de épocas lejanas e indeterminadas.

¡ Y las trincheras están constantemente, lo mismo de día que de noche, teñidas de sangre ! De sangre de los hijos de nuestra Francia, de nuestros amigos de Inglaterra, y hasta de los bondadosos gigantes de Nueva Zelanda que los han seguido a ese horno encendido. La tierra está abundantemente regada por la sangre de todos

esos aliados, tan desemejantes pero tan unidos contra la gran bellaquería de Alemania. En frente, muy cerca, hay también sangre de los turcos, que no son sino pobres víctimas de abominables maquinaciones, pero a los cuales, sin embargo, entre nosotros, insultan gustosamente las personas que desconocen en absoluto las causas de los acontecimientos; caen los turcos a millares, ocasionando en ellos la metralla más víctimas que en nuestras filas; no obstante, se baten de mala gana; se baten porque los han engañado, y porque extranjeros insolentes los empujan a balazos de revólver; si, a pesar de todo, se baten valerosamente, es cuestión de raza, ni más ni menos. Y los más ingenuos de ellos, los que han sido persuadidos de que únicamente iban a luchar contra sus enemigos rusos, ignoran que están luchando contra nosotros.

Ocupamos, en esa península, una región conquistada y conservada a fuerza de heroísmo. La configuración del terreno contribuye a aumentar las dificultades de nuestra situación, y, por lo tanto, resulta más admirable nuestra tenacidad.

Efectivamente, estamos dominados por las colinas de Asia, donde todos los fuertes no han sido aún reducidos al silencio; así, pues, no hay allí un rincón, ni una tienda, ni uno de nuestros improvisados hospitalillos donde los médicos puedan curar las heridas con seguridad completa, con la certidumbre absoluta de que un proyectil de cañón no ha de llegar a interrumpir la tarea.

Y Francia quiere apresurarse a llenar ese vacío terrible. Con extremada prisa prepara un gran buque de socorro, para el cual la Cruz Roja ha ofrecido, corriendo con todos los gastos, trescientas camas, ropas, enfermeras, medicamentos-instrumental y aparatos. El buque salvador fondeará en una isla muy próxima al teatro de la lucha, pero a cubierto de riesgos; llevará canoas de vapor y automóviles, que irán diariamente a buscar y a conducir a bordo a los heridos graves, a los cuales se podrá, con la debida calma, operar y auxiliar inmediatamente, evitando la infección y la gangrena. ¡Cuántas preciosas existencias de soldados se conservarán de este modo!

Naturalmente, los camilleros del buque reco-

gerán también a los heridos turcos, siempre que los encuentren en la zona en que les sea permitido operar, y esa conducta resultará de justa reciprocidad, porque ellos hacen lo mismo con nosotros. Zuavos que combaten allá, me escribían ayer : « Los turcos nos resisten con bravura sin igual, todos los periódicos de Europa lo reconocen. Pero nuestros heridos y nuestros prisioneros son perfectamente tratados por ellos, según declara el mismo general Gouraud en una orden del día; los cuidan, los alimentan y los atienden mejor que a sus propios soldados. » Y véase el párrafo textual de la carta de uno de nuestros ayudantes :

« Caí, herido en una pierna, al lado de un oficial turco herido más gravemente que yo; el turco llevaba encima un estuche de curación, y ha comenzado por curarme, antes de pensar en sí mismo. Hablaba muy bien el francés, y me decía : « ¡ Veá usted, amigo mío, a qué extremos « nos han traído esos miserables alemanes !... »

Si insisto respecto a los turcos, huelga advertir que no es porque me interesen más que nuestros

soldados; nadie se permitirá ofenderme suponiendo otra cosa. No; pero a los nuestros los quiere ya todo el mundo, ¿verdad?, mientras que a ellos los desconoce verdaderamente y los calumnia con exceso la masa ignorante. « ¡ Respetadlos, tan pronto como levanten las manos ! » ha dicho a sus tropas, en una proclama henchida de lealtad admirable, un general heroico, repatriado ayer de los Dardanelos y acribillado de heridas; « respetadlos, *esos no son nuestros enemigos.* »

Así, pues, se trabaja apresuradamente para poner en condiciones de que pueda zarpar el gran buque salvador que enviaremos allá. La Cruz Roja ha aceptado una carga pesadísima, y, como es fácil imaginar, seguirá necesitando dinero, mucho dinero. Por e o pido, desde aquí, que todos contribuyan; se ha dado ya muchísimo, y se dará más todavía, porque en nosotros la caridad es inagotable, cuando se ha iniciado el primer impulso generoso. Y pido también que los donativos se envíen a la mayor brevedad, porque el tiempo apremia.

Merced a esto, ¡cuánto van a cambiar las condiciones de vida para nuestros queridos soldados y cuánta confianza les inspirará saber que, si caen con heridas graves, tendrán allí algo como un verdadero rinconcito de Francia que habrá llegado hasta ellos — lo cual equivale a decir un rincón del paraíso — y al cual serán transportados inmediatamente! En vez de la pobre ambulancia improvisada, demasiado calurosa y de seguridad incierta, donde el ruido espantoso no cesaba de martillar las sienes, existirá este refugio realmente inaccesible a la metralla, este buque espacioso y tranquilo donde el aire puro y saludable de la mar entrará por todas partes, donde reinará, en fin, el silencio tan ardorosamente deseado cuando se sufre, y donde nuestros heridos estarán cuidados, con arreglo a los métodos más modernos y a las invenciones más ingeniosas, por amables enfermeras francesas, vestidas de blanco, que andaran sin producir ruido, para no turbar nunca los sueños, ni los ensueños..

XIV

SERBIA DURANTE LA GUERRA BALKÁNICA

Julio de 1915.

No hace mucho tiempo, había yo englobado a Serbia — especialmente a su príncipe — en mis primeras acusaciones contra los pueblos balcánicos, en el momento en que todos ellos se precipitaban juntos sobre los turcos, que ya estaban en lucha con los italianos. Pero más tarde, en la serie de mis escritos rebosantes de indignación, no he vuelto a estampar ni una sola vez el nombre de los serbios; es que ya mis noticias, procedentes de allá, me demostraban que, entre los que primeramente fueron ALIADOS, entre los ALIADOS de los Balcanes, los más humanos eran ellos. Y ellos, sin duda, habían notado que yo no los nombraba ya, porque de su país no he recibido ni una carta injuriosa, mientras que los

búlgaros y aun los griegos derramaban sobre mí un chorro de groserías inmundas.

Después, el gran filántropo Carnegie, para que constase definitivamente la verdad en la Historia, dispuso que se efectuase una concienzuda información internacional, cuyos resultados, impresos en un abultado volumen, tienen la autoridad de los más sinceros documentos oficiales; en ese libro aparecen, con pruebas y firmas en su apoyo, los testimonios más aterradores contra búlgaros y griegos, y, de modo muy señalado, menos crímenes en el expediente de los serbios. Pero dicho volumen, titulado: *Información en os Bacanes* (Dotación Carnegie), ha tenido, mucho lo temo, escasísimos lectores, y es un deber llamar a atención del público hacia ese libro.

Además ¿cómo no perdonar al valeroso pueblo serbio los excesos que haya podido cometer, y cómo no brindarle nuestra profunda simpatía, hoy que el emperador prusiano, erozmente y sin remordimientos, acaba de sacrificarlo como cebo, para una de sus más abominables y taimadas

maquinaciones? ¡Pobrecita Serbia! ¡Con qué magnífico heroísmo sabe defenderse contra un enemigo que ni siquiera retrocede ante el horror de incendiarle su capital, poblada solamente en la actualidad por niños y por mujeres! ¡Pobrecita Serbia, convertida de modo súbito, en mártir y en sublime! Quisiera yo, por lo menos, devolverle el afecto de aquellos corazones franceses que acaso se alejaron de ella a consecuencia de la lectura de mi último libro. Y, con ese único objeto, he escrito estos renglones.

SOBRE TODO, ¡NO OLVIDEMOS JAMÁS!

1.º de Agosto de 1915.

¡Hoy hace un año que comenzó la violación desvergonzada del territorio belga! En medio de los horrores más estupendos, parece que el tiempo ha acelerado su presurosa fuga, y ya nos encontramos en la fecha que marca el primer aniversario de esta fechoría, la más abominable de cuantas han mancillado la historia humana. Fechoría perpetrada tras larga e hipócrita premeditación, sin que un asomo de remordimiento, ni siquiera de pudor, hayan hecho vacilar a las millares y millares de manos que se han prestado a servir de cómplices; fechoría que nos deja, a más de inmensos lutos, una infinita impresión de tristeza y de desaliento, porque testimonia,

en uno de los más extensos países de Europa, la bancarrota irremediable de lo que se ha convenido en llamar honor, civilización y progreso. ¡Las oleadas bárbaras de la antigüedad eran mil veces menos funestas, y, sobre todo, muchísimo menos repugnantes! Las hordas que Asia nos enviaba antaño, vacilaban ante ciertas cobardías, ante ciertas profanaciones y ante ciertos engaños; un respeto instintivo las contenía aún, y además no destruían con este impúdico cinismo, invocando al Dios de los cristianos mediante plegarias pronunciadas con énfasis burlesco...

Así, pues, ha habido en nuestra época un fúnebre emperador y una pandilla de príncipes — su descendencia, camadas de lobos, entre los cuales el más feroz, al mismo tiempo que el más cobarde, se adorna con una calavera y generales, y millones de alemanes, dispuestos a unirse, después de una preparación reflexiva que casi ha durado medio siglo, para cometer el crimen inicial precursor de otros muchos : para aplastar innoblemente al paso, a manera de preludeo, a un pueblo pequeño, considerado por ellos sin

defensa. Pero he aquí que ese pueblo pequeño se ha levantado, ardiendo en santa indignación, para intentar detener a la Gran Barbarie repentinamente desenmascarada, para detenerla al menos unos cuantos días, aun a costa de un aniquilamiento que se anunciaba como ineluctable. ¿Qué coronas suficientemente esplendorosas podrá, pues, discernir la Historia a esta nación belga, y a su Rey que no temió pedirle que se irguiese cual una barrera?

¿Qué admiraciones podremos ofrecer y qué homenajes bastante dignos y bastante duraderos podremos tributar al rey Alberto de Bélgica, actualmente desposeído de todo y relegado en un lugarejo? En mármoles inmaculados necesitaremos grabar profundamente su nombre, para protegerlo bien contra los olvidos de nuestras memorias francesas, — que, por desgracia, se han mostrado a veces algo ligeras, al menos en lo que respecta a las seculares infamias de Alemania. Preciso es que sepamos y que sepan nuestros descendientes, incluso los más lejanos, recordar de modo indefinido que, para salvar a la Europa

civilizada, y en particular para salvar a nuestra Francia, el Rey Alberto no ha vacilado ni un instante ante esos sacrificios absolutos que parecen superiores a las fuerzas humanas. Rechazando con el pie las tentadoras ofertas de pactos que le dirigiera el monstruoso emperador, ha cumplido hasta el fin, con serena sonrisa, su deber de héroe leal, como si se tratase de un acto naturalísimo. Y su modestia es tan grande, que le produce asombro oírse calificar de sublime.

En cuanto a la Reina Isabel, cada uno de nosotros debe elevarle, en su alma, un altar. Uno de los destinos más temibles de las existencias de las soberanas es el de verse condenadas casi siempre a reinar en países de adopción, desterrándose de su propia patria. Ahora bien, en el caso especial de esta juvenil Reina mártir, el destierro, que otras muchas reinas han sufrido, encierra una tortura más íntima, que aumenta todas las ya sufridas, porque la fatalidad abrumadora la ha separado de los seres que antaño constituían su familia, incluso de su madre, noble mujer modelo de abnegación y de caridad. Y la Reina

soporta esta sobrecarga de sufrimientos con valor excelso y sereno, que nunca flaquea. Junto al Rey, compañera solícita durante las horas más terribles, compañera cuya energía nunca ha experimentado vacilaciones; junto a los pobres, víctimas del saqueo o del incendio, y junto a los heridos que padecen o que agonizan, compañera también, confortando con sencillez adorable a los más humildes, multiplicando hacia todos su delicadísima compasión... ¡Oh, bendita, admirada y glorificada sea! Y para su altar, consagrado en nuestras almas, elijamos flores muy raras, flores muy exquisitas, que se asemejen a Ella.